

# EL LATIDO DE LA TIERRA MEDIA.

## *Biofilia* y vitalismo mítico en la obra de J.R.R. Tolkien.

José Manuel Ferrández Bru

A lo largo de las últimas décadas, la obra de J. R. R. Tolkien (y en particular *El Señor de los Anillos*, su creación más popular) ha sido apropiada por múltiples colectivos que han visto en ella un espejo donde proyectar sus propias reivindicaciones. Estas lecturas, a menudo dispares y en ocasiones abiertamente contradictorias, han convertido a la Tierra Media en un territorio simbólico disputado, utilizado para legitimar causas que el propio autor habría considerado ajenas, cuando no directamente opuestas, al espíritu que anima su *legendarium*.<sup>1</sup>

Sin embargo, más allá de los usos interesados y de las distorsiones conceptuales, entre los múltiples elementos que caracterizan los escritos del profesor de Oxford, existe un componente que recorre su creación, una forma de *biofilia*, término que el biólogo Edward O. Wilson (1984) popularizó para definir la afinidad innata de nuestra especie por todo lo viviente, entendida como el impulso humano a vincularse afectivamente con lo orgánico y a reconocer en la naturaleza un valor intrínseco. Esta inclinación, que en Tolkien no responde a un programa ideológico sino a una experiencia vital y estética, late en cada rincón de la Tierra Media y constituye uno de los elementos más originales de su mitología.

Es posible rastrear ciertos puntos de contacto entre los valores que se derivan de esta idea, y que impregnan su universo narrativo, con algunas corrientes contemporáneas. Así, podría destacarse la afinidad, no buscada pero sí perceptible, entre la mirada de Tolkien sobre el mundo natural y las preocupaciones del ecologismo moderno. Aunque sus raíces históricas y filosóficas difieren de manera sustancial, ambas perspectivas convergen en la convicción de que la relación entre los seres humanos y su entorno no puede reducirse a una dinámica de dominio, explotación o indiferencia. Esta afinidad ha servido en ocasiones como marco emblemático para articular formas tempranas de conciencia ecológica.<sup>2</sup>

La biofilia en la obra de Tolkien puede interpretarse igualmente como un antecedente literario directo de lo que hoy abordan las denominadas «humanidades ambientales», un campo interdisciplinario que estudia la relación entre los seres humanos y el medio ambiente integrando perspectivas culturales, éticas, históricas y sociales. El amor de

---

<sup>1</sup> Paradójicamente, muchas de estas interpretaciones se sostienen sobre premisas que Tolkien rechazó de manera explícita, y que suelen tener en común la reducción de su obra a una alegoría o la atribución de un mensaje doctrinal oculto, rasgos que él consideraba incompatibles con la naturaleza profunda del mito.

<sup>2</sup> Un ejemplo ilustrativo puede encontrarse en los inicios del activismo medioambiental. Bob Hunter, líder del incipiente movimiento, describió su travesía de 1971 a la isla de Amchitka, en el extremo occidental de las islas Aleutianas de Alaska, donde estaba planeada una prueba nuclear, como una lucha contra un poder destructivo comparable al de Sauron. En aquel contexto, Hunter presentó a sus compañeros de expedición como una pequeña comunidad comparable a la que Frodo y los suyos, que emprendían un viaje peligroso para destruir el «Anillo Único», metáfora con la que él aludía a la necesidad de neutralizar las amenazas nucleares o los daños ambientales causados por la industria. Aquel acto, que impulsó la formación de Greenpeace como movimiento internacional, convirtió la defensa del entorno en un gesto de resistencia frente a fuerzas que amenazaban con arrasarlo. (Hunter, 2004)

Tolkien por el mundo natural encaja con fuerza en los giros actuales de la ética ambiental, que busca superar el antropocentrismo imperante.

En pleno debate contemporáneo sobre el *Antropoceno*<sup>3</sup> y la crisis ecológica, la narrativa de la Tierra Media adquiere especial relevancia. La industrialización de Isengard o la transformación de la Comarca constituyen la representación de una patología cultural caracterizada por la ruptura del vínculo innato del ser humano con lo vivo en favor de una racionalidad puramente instrumental y tecnocrática. Podría entenderse que la obra de Tolkien nos muestra que la crisis ecológica actual es, en su raíz, una crisis de la imaginación y la cultura, y que la supervivencia de nuestras propias *comarcas* depende de restaurar ese lazo sagrado y ético con la biosfera, algo que el autor defendió a lo largo de toda su vida.<sup>4</sup>

Estas conexiones invitan a examinar con mayor atención el hecho de que Tolkien conciba el despliegue de la vida y la afirmación de lo humano en relación con el mundo natural, en una clave afin al *vitalismo mítico*, como una presencia activa con la que estamos profundamente entrelazados. Su enfoque se distancia tanto del naturalismo científico como del espiritualismo abstracto. Tolkien no propone una naturaleza divina en sentido panteísta, pero tampoco una naturaleza inerte.

Su posición es intermedia y propugna que la vida es un don, una expresión de la creación que posee una dignidad que se manifiesta en la capacidad de los seres no humanos para actuar, resistir o incluso sufrir. En este punto, se acerca a lo que Owen Barfield llamó «participación originaria» (Barfield, 1957), una forma de relación con el mundo en la que aún no se ha impuesto la división moderna entre sujeto y objeto.

Patrick Curry (1997, p. 28) incide en ello:

Así, los lugares más característicos de la Tierra Media desafían la separación —tan querida por la razón científica modernista— entre «lo humano o social, y por tanto sujeto consciente» y «lo natural, y por tanto objeto inerte». Son ambas cosas a la vez: los propios lugares actúan como sujetos animados con personalidades distintivas, mientras que los pueblos están inextricablemente vinculados a sus entornos naturales y geográficos. Los Elfos y sus bosques, los Enanos y las montañas, los hobbits y la naturaleza domesticada de campos y jardines.

En la ficción de Tolkien, la naturaleza no es un telón de fondo ni un recurso narrativo secundario, sino que se alza como un personaje pleno, dotado de espíritu propio y con un

---

<sup>3</sup> El término Antropoceno fue popularizado por el Premio Nobel Paul Crutzen en el año 2000, e identifica el impacto humano como una fuerza geológica transformadora. Dentro de las humanidades ambientales, funciona como un concepto clave para examinar la responsabilidad ética y cultural frente al agotamiento de los recursos naturales y la pérdida de biodiversidad. En este ensayo, se vincula con la obra de Tolkien en tanto que su narrativa denuncia precisamente el inicio de la mecanización forzada de la naturaleza, donde el «hierro y el fuego» sustituyen al crecimiento orgánico, una lógica que prioriza la «máquina» sobre el organismo vivo y que rompe el equilibrio biófilo de la Tierra Media.

<sup>4</sup> La dimensión ecológica del *legendarium* de Tolkien ha sido abordada con particular atención por Matthew Dickerson y Jonathan Evans en *Ents, Elves, and Eriador: The Environmental Vision of J.R.R. Tolkien* (2006), estudio que sistematiza la ética ambiental presente en la obra. Patrick Curry, por su parte, acuñó el término «ecologismo visionario» en *Defending Middle-earth* (1997), destacando las afinidades entre Tolkien y ciertas corrientes de la ecología profunda. El presente ensayo no pretende competir con la exhaustividad de aquellos trabajos, sino ofrecer una aproximación complementaria centrada en dos aspectos: primero, el concepto de *biofilia* como clave interpretativa que enfatiza el vínculo afectivo y pre-teórico con lo vivo, frente a lecturas que tienden a sobreintelectualizar la postura de Tolkien. Segundo, la noción de *vitalismo mítico*, con la que se busca subrayar cómo el autor dota de capacidad narrativa a lo no humano (bosques, montañas, ríos) sin recurrir a la alegoría ni a una personificación ingenua. De este modo, se aspira a mostrar que la originalidad de Tolkien no reside en haber formulado una doctrina ecológica, sino en haber creado un universo donde lo vivo (en todas sus formas) participa del devenir histórico con una dignidad que desafía la separación moderna entre sujeto y objeto.

trasfondo vinculado al de los pueblos que la transitan. Los bosques, con su espesura ancestral, no solo albergan árboles sino también una conciencia vegetal que observa y recuerda. Las montañas no son masas de roca, sino entidades con voluntad, capaces de oponerse a quienes las desafían, y los ríos, los valles o los mares de la Tierra Media participan activamente en el devenir de la historia.

Su obra, lejos de quedarse en un simple ejercicio de imaginación, se convierte indirectamente en una reflexión profunda sobre la forma en que habitamos el planeta, que explora la reminiscencia asociada a los paisajes y la responsabilidad que implica existir en un entorno vivo. Este planteamiento convierte su visión en una crítica a la modernidad industrial y a la creciente alienación del ser humano respecto a su entorno.<sup>5</sup>

La estructura narrativa funciona como un espejo revelador que utiliza lo maravilloso para mostrar lo que la mirada cotidiana ya no percibe y no como una simple vía de escape. Su obra propone una ética del cuidado o, dicho de otro modo, una invitación a reconocer que la naturaleza no es un recurso, sino un compañero de existencia.<sup>6</sup> Este planteamiento, lejos de ser un vestigio romántico o un idealismo ingenuo, adquiere una gran relevancia en el siglo XXI, marcado por la crisis climática, la pérdida de biodiversidad y la desconexión creciente entre las sociedades humanas y los ecosistemas que las sostienen.

Comprender lo que de manera audaz se podría denominar el «ecologismo en la obra de J.R.R. Tolkien» exige llevar el análisis más allá de la superficie narrativa y adentrarse en la biografía íntima del autor. Tolkien no escribe sobre la naturaleza desde la distancia del observador urbano, sino desde la nostalgia del niño que experimentó la desaparición del entorno rural que marcó su infancia. Los paisajes, que para él constituían un hogar emocional y espiritual, fueron progresivamente sustituidos por carreteras y fábricas, y este cambio abrupto dejó en él una herida existencial. De algún modo, el mundo se fue transformando ante sus ojos siguiendo un dictado de hierro y humo que no entendía ni respetaba los ritmos de la vida tradicional.

Su identificación con aquellos valores perdidos queda expresada con inusual franqueza en una carta de 1958: «Soy de hecho un hobbit en todo salvo en el tamaño. Me gustan los jardines, los árboles y las tierras de labranza no mecanizadas» (Carpenter, 1993, p. 433).

Como Ferrández Bru y Frías Sánchez (2022, pp. 23–24) recuerdan:

Tolkien nació bajo los efectos de la Revolución Industrial, de modo que los cambios tecnológicos y económicos que esta propició generaron unas formas de vida y unos cambios a los que Tolkien no pudo ser ajeno. Resulta paradigmático, por ejemplo, que la

---

<sup>5</sup> Aunque el enfoque vitalista de Tolkien emana de su propia experiencia y de su imaginario mitopoético, no se trata de un fenómeno aislado. A lo largo del siglo XX, diversos autores, desde perspectivas muy distintas, llegaron a conclusiones afines sobre la necesidad de recuperar una relación más profunda y respetuosa con la vida. Conceptos como el *élan vital* de Henri Bergson (entendido como un impulso creativo incompatible con una lectura estrictamente mecanicista) o la crítica de Martin Heidegger a la técnica moderna (que reduce la naturaleza a un mero «fondo disponible» o *Bestand*), muestran coincidencias significativas con la desconfianza de Tolkien hacia la deshumanización industrial. Estas convergencias subrayan que la obra de Tolkien participa de una preocupación capital del pensamiento contemporáneo a propósito de la defensa de la singularidad de lo vivo frente al reduccionismo técnico.

<sup>6</sup> En cualquier caso, Tolkien no se limita a reivindicar el mundo vegetal, pues en la Tierra Media, los animales también participan de una dignidad propia. Por ejemplo, los hobbits cuidan de sus ponis con afecto y responsabilidad, en Rohan veneran a sus caballos como compañeros de vida, y criaturas como las Águilas actúan con voluntad propia, nunca como simples herramientas. En contraste, los ejércitos de Sauron y Saruman tratan a sus monturas y bestias como instrumentos prescindibles, supeditados a la misma idea de dominación que lo corrompe todo. Esto revela que el amor de Tolkien por lo vivo no se agotaba en lo vegetal y se pone de manifiesto que le desagradaba profundamente la crueldad hacia los animales y defendía, de forma coherente y militante, una relación respetuosa con todas las formas de vida.

industrialización durante esta época provocara la desaparición de numerosos entornos rurales [...] Aunque no específicamente por ello, el hecho es que en 1900, en lo que probablemente fue uno de los momentos más traumáticos de los primeros años de J.R.R. Tolkien, su familia se trasladó desde Sarehole, que era por entonces un entorno campestre, aunque ya amenazado por la relativa cercanía de la ciudad, a la industrial y «moderna» Birmingham. La creciente desaparición del mundo rural tradicional resultó de difícil aceptación para muchos, incluido Tolkien, y generó de forma espontánea un notable desdén hacia la incipiente sociedad industrial, que globalmente imponía sus concepciones hacia un ineludible progreso entendido en un sentido absolutamente avasallador.

Este desgarró íntimo se convirtió en una fuerza creativa que atraviesa toda su mitología. En la Tierra Media, el bien no se mide solo por la valentía o la nobleza moral, sino también por la capacidad de proteger y cuidar aquello que crece. La destrucción gratuita de la vida vegetal constituye un acto de maldad profunda porque daña el entorno y rompe un equilibrio sagrado entre los seres y su mundo. Tolkien sugiere que la ética empieza en la relación con lo vivo, de modo que quien no es capaz de respetar un árbol difícilmente respetará a un semejante.

Por ello, la biofilia de Tolkien resulta ser mucho más que un mero sentimentalismo bucólico. La naturaleza es portadora de un valor primordial y no existe para ser explotada, sino para ser contemplada, cuidada y, en ocasiones, acompañada. La radicalidad de esta posición se hace explícita en una carta de 1944, donde Tolkien afirmaba que, si un cataclismo universal<sup>7</sup> arrasara los suburbios y las fábricas, podría también «incendiar todas las obras de arte... y yo volvería a los árboles» (Carpenter, 1993, p. 154). Desde esta perspectiva, el arte humano, por elevado que sea, ocupa para Tolkien un lugar secundario frente a la vida vegetal.

Es algo que se aprecia con especial claridad en lugares como Lothlórien o Rivendel, espacios que se erigen en auténticos santuarios ecológicos. Allí, el tiempo parece suspenderse porque la relación entre sus habitantes y el entorno alcanza un grado de conexión excepcional. La belleza del paisaje brota de esa unión, que convierte el entorno en algo más que un escenario. En ambos casos, los Elfos, en lugar de instrumentalizar su entorno, conviven con él y potencian su esplendor sin alterar su esencia, si bien esa forma de custodiar la belleza natural no está exenta de riesgos.

Esta concepción no se agota en los grandes escenarios ni en la sensibilidad elevada de los Elfos. De hecho, trasciende la ficción y se hace especialmente visible en las criaturas más cercanas a nosotros, los hobbits, cuya relación sencilla y terrenal con el mundo ilustra con mayor claridad la dimensión humana de la postura de Tolkien.

Dickerson y Evans (2006, p. 11) lo expresan de forma clara:

La idea de que la naturaleza posee una bondad inherente no se afirma únicamente en los pasajes mitológicos y elevados de *El Silmarillion*. También es evidente en el mundo más doméstico de *El Hobbit* y en los capítulos iniciales de *El Señor de los Anillos*. Si dejamos por un momento el ámbito distante y mítico de Valinor para volver a las granjas y campos familiares de la Comarca, vemos cómo las ideas de Tolkien se desarrollan aún más en la

---

<sup>7</sup> Conviene precisar que Tolkien emplea el término «ragnarök», la batalla final de la mitología nórdica que marca el destino de los dioses y conduce a la destrucción del mundo.

terrenalidad de los hobbits y en la sencillez de su modo de vida. Los hobbits en general —y en particular aquellos que ocupan el centro de *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*— nos muestran que las cosas comunes de la vida —incluidas, quizá especialmente, las realidades materiales de este mundo— deben ser valoradas y apreciadas por lo que son en sí mismas.

En cualquier caso, estamos ante una tesis que contrasta radicalmente con la concepción moderna de la naturaleza como una reserva inagotable destinada a satisfacer necesidades humanas sin límite. Tolkien denunció este planteamiento a través de la estructura moral de su universo, pues allí donde la naturaleza era respetada, florecía la vida, pero donde era explotada, surgía la corrupción. La oposición entre la serenidad luminosa de los bosques élficos y la devastación de Isengard trasciende lo estético y alcanza una relevancia ética. En última instancia, esta dualidad representa dos modos de estar en el mundo, uno basado en la reciprocidad y el cuidado, y otro en el sometimiento y el consumo.

Este posicionamiento de Tolkien no se limitó al plano narrativo, pues el autor expresó esta convicción también en el «mundo primario», donde defendió con vehemencia la dignidad de los árboles y denunció su destrucción. Prueba de ello es la carta que envió al *Daily Telegraph*, y que fue publicada el 4 de julio de 1972:

En todas mis obras asumo la parte de los árboles en contra de todos sus enemigos. Lothlórien era hermosa porque allí se amaban los árboles; en otros pasajes los árboles se representan despertando a la conciencia de sí. El Bosque Viejo fue hostil a las criaturas dotadas de dos piernas por el recuerdo de las muchas injurias sufridas. El Bosque de Fangorn era viejo y hermoso, aunque en la época en que se desarrolla la historia está tenso de hostilidad por la amenaza del enemigo amante de las máquinas. El Bosque Negro había caído bajo el dominio de un Poder que odiaba a todas las criaturas vivientes, pero su belleza quedó restaurada y se convirtió en el Gran Bosque Verde antes del final de la historia. Sería injusto comparar la Comisión de Forestación con Sauron porque, como usted observa, la Comisión es capaz de arrepentimiento; pero nada estúpido que haya hecho puede compararse con la destrucción, la tortura y el asesinato de árboles perpetrados por ciertos individuos y algunos cuerpos oficiales menores. Dondequiera que los árboles crezcan todavía, el salvaje sonido de la sierra eléctrica nunca guarda silencio. (Carpenter, 1993, p. 642).

Aunque Tolkien aluda a Sauron en su carta, el riesgo que señala de forma más directa es el de ese «enemigo amante de las máquinas» que pone en peligro a los bosques. Se trata de una idea de dominación que halla su formulación narrativa más clara en la figura de Saruman el Blanco, quien encarna de manera paradigmática la tentación de utilizar la tecnología y el conocimiento para subyugar el mundo, en vez de para tratar de comprenderlo.

En su caída moral, Saruman se convierte en el símbolo de una mentalidad que reduce la realidad natural a un conjunto de recursos manipulables, lo que constituye el germen de una tendencia que, con el tiempo, ha cristalizado en lo que hoy entendemos como la tecnificación absoluta de la existencia, donde el organismo es sacrificado en el altar del mecanismo. Su tragedia comienza, significativamente, en el momento en que deja de escuchar a los seres vivos. El sabio que alguna vez dialogó con los vientos y los árboles

termina por ver en ellos obstáculos o herramientas, pero nunca interlocutores. Esta pérdida es además el primer signo de su corrupción.

La transformación de Isengard es uno de los ejemplos más contundentes de esta deriva. Donde antes existían jardines y árboles, Saruman levanta un complejo industrial repleto de túneles, forjas y máquinas de guerra. El entorno verde que rodeaba la torre de Orthanc se convierte en un paisaje estéril, ennegrecido por el humo y perforado por la maquinaria.

Tolkien construye aquí un trasunto de la Revolución Industrial y sus efectos más nocivos que él mismo presencié en Inglaterra. La Desolación de Isengard es una mutilación espiritual del territorio, de modo que el lugar deja de ser un hogar para convertirse en un engranaje más de la maquinaria bélica.

Conviene recordar, sin embargo, que Tolkien rechazaba la alegoría como procedimiento interpretativo. Por ello, nunca construyó equivalencias rígidas ni trasladó automáticamente acontecimientos del «mundo primario» a su ficción. Lo que sí reivindicaba como eje de su obra era la *aplicabilidad*: la posibilidad de que el lector pudiera reconocer en su obra patrones morales, dinámicas de poder o actitudes ante la naturaleza que iluminaran problemas reales sin que existiera una correspondencia unívoca. En este sentido, la devastación de Isengard da pie a una reflexión crítica sobre ciertos modos de relacionarse con el entorno que caracterizan al mundo contemporáneo.

Shippey (2003, pp. 200–201) se atreve a concretarlo:

La «aplicabilidad» de esto es obvia, con Saruman transformándose en la imagen de uno de los vicios característicos de la modernidad, aunque aún no tengamos nombre para designarlo: una especie de genialidad inquieta, una habilidad sin propósito, arrasar sólo en nombre del cambio.[...] los Sarumanes del mundo real gobiernan engañando a sus seguidores con imágenes de un paraíso tecnológico del futuro, una utopía moderna; pero lo que se suele conseguir (y es algo que no ha hecho más que acrecentarse desde que Tolkien escribiera su obra y desde su muerte) son los paisajes destrozados de Europa del Este, llenos de minas descubiertas, contaminados e incluso radiactivos. Uno puede no estar de acuerdo con el diagnóstico que hizo Tolkien de la situación, y con la solución nostálgica y pastoral que propone, pero no hay duda de que cuando menos ha planteado un tema serio e intentado darle una dimensión tanto histórica como psicológica que está ausente casi en todos los demás libros.

Sea como fuere, el enfoque crítico de Tolkien no reducía a una retórica ocasional. En una carta a su hijo Christopher escrita durante la guerra, Tolkien confesaba:

Cómo deseo que la máquina de «combustión infernal» no hubiera sido nunca inventada ... O (más difícil, pues la humanidad y los ingenieros en particular son por lo general faltos de ingenio y maliciosos) que se le hubiera dado un destino racional, si lo tiene. (Carpenter, 1993, p. 124).

Para Tolkien, la tala del bosque de Fangorn revela hasta qué punto Saruman ha traicionado aquello que debería encarnar un mago. Saruman ordena cortar árboles por una razón de eficiencia militar que no cuestiona ningún límite ético. Ha llegado al convencimiento de que un árbol ya no es un ser vivo con historia, sino combustible para sus hornos o materia prima para sus armas. Tolkien sostiene que esta mentalidad utilitarista constituye la raíz más profunda del mal moderno.

Dickerson y Evans (2006, p. 196) sintetizan las implicaciones morales de esta actitud:

Las acciones de Saruman constituyen dos formas de mal: la deforestación con fines utilitarios y la destrucción de bosques simplemente para dejarlos pudrirse. Es lo que cabe esperar de alguien como él. Un mal administrador de su propia tierra probablemente lo será también de la ajena, y los efectos perniciosos inevitablemente se desbordarán hacia el paisaje circundante.

En Fangorn, sin embargo, la naturaleza responde y los Ents, encarnación de la memoria vegetal, se levantan contra la violencia que los amenaza. Su marcha hacia Isengard se convierte en una alusión evidente a la resistencia del mundo natural frente a la explotación desmedida.

Los Ents representan algo más complejo que una simple personificación de la naturaleza, pues no son la naturaleza misma, sino sus pastores. Esto constituye una distinción crucial que permite comprender la dimensión ecológica de su intervención en la historia, pues estos seres no actúan por instinto ni responden a un impulso ciego del mundo vegetal.

Bárbol, el más anciano de ellos, delibera largamente antes de tomar una decisión. La «Marcha de los Ents» no es una reacción automática ante la agresión, sino el resultado de un proceso. Mientras los personajes humanos (y también los hobbits) operan en la urgencia del tiempo histórico, los Ents habitan una temporalidad distinta, cuyas pausas y silencios, más que el reflejo de una torpeza, son una forma de sabiduría que la modernidad ha olvidado.

Su lentitud, que a menudo se interpreta como mero rasgo pintoresco, constituye en realidad una epistemología alternativa. El lenguaje de los Ents, compuesto por largas cadencias y nombres interminables que se demoran en cada detalle del ser, refleja una forma de conocimiento que no separa al sujeto del objeto, ni al nombre de la cosa nombrada. En un mundo tiranizado por la prisa, la eficiencia y la rentabilidad del instante, esta actitud representa una rebelión silenciosa contra la reducción de lo vivo a un mero recurso disponible.

Por eso, la decisión de los Ents de marchar contra Isengard adquiere un significado que trasciende la venganza. No se trata solo de un levantamiento de la naturaleza contra el agresor, sino de un acto deliberado que nace del reconocimiento de que ciertos límites, cuando se transgreden, exigen una respuesta consciente. Bárbol no declara la guerra movido por una ira irracional, sino tras constatar que Saruman ha roto un vínculo fundamental. El sabio que una vez recorrió los bosques y aprendió las lenguas de los árboles termina por ver en ellos obstáculos o herramientas.

La actitud de los Ents, más que un simple reflejo vegetal, es el resultado de un juicio. Su marcha constituye una reivindicación de la escucha frente a la imposición y de la reciprocidad frente al control. Al presentar a los Ents como seres que, tras un ejercicio de discernimiento, *deciden* hacer la guerra, Tolkien evita caer en una visión romántica de la naturaleza como entidad inmaculada e instintiva.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> De hecho, la naturaleza en Tolkien no es siempre un idilio bucólico pues existe una naturaleza caída o maliciosa (Caradhras, el Viejo Hombre-Sauce) que desafía las lecturas ecologistas más ingenuas. Pero incluso en esa hostilidad, se manifiesta como un sujeto con voluntad, nunca como una materia inerte dispuesta para el saqueo industrial.

Asimismo, Tolkien nos recuerda que tiene un límite, y que, aunque puede adaptarse y resistir, si se la presiona demasiado, su respuesta puede ser furiosa. La caída de Isengard no es solo una victoria narrativa, sino una advertencia ecológica que nos señala que la Tierra, cuando es herida, también puede levantarse. En este sentido, Tolkien anticipa debates actuales sobre la resiliencia ecológica y los límites de la explotación. No se trata de justificar la violencia, sino de mostrar que la naturaleza posee agencia moral, no solo un valor estético.<sup>9</sup>

No obstante, esta capacidad de respuesta de la naturaleza no se manifiesta únicamente a través de la fuerza física o el conflicto abierto. En el universo de Tolkien, la relación con lo vivo se juega también en un plano más sutil y profundo, como es el de la aceptación del destino natural frente al deseo de control. La respuesta defensiva de lo vivo no está exenta de tensiones teológicas dentro de la obra de Tolkien, y pone de manifiesto lo que podríamos llamar la «paradoja del conservacionista». Si bien los Ents encarnan un vitalismo que acepta el flujo del tiempo y la finitud, los Elfos representan una vertiente más problemática de la biofilia: el deseo de detener el reloj biológico.

En los Reinos Bendecidos de Aman, la naturaleza es eterna, pero en la Tierra Media, los Elfos sufren el *cansancio del mundo*. Su amor por la belleza natural los empuja a una forma de subcreación dentro de la subcreación que busca embalsamar la realidad. El uso de los Tres Anillos en Lothlórien y Rivendel no es una acción de ecología activa, sino de resistencia ontológica que se fundamenta en crear burbujas de atemporalidad donde nada se marchita ni cae en el olvido. Aquí la naturaleza corre el riesgo de convertirse en un museo de lo vivo.

Mientras que el vitalismo mítico de Tolkien celebra el ciclo de nacimiento, crecimiento y muerte (el *élan vital* bergsoniano), la pulsión élfica por preservar la Tierra Media inalterada roza el pecado de la apropiación, y supone una forma de amor que, al no aceptar la decadencia natural, trata de congelar la vida en una forma estática. Esta tensión es crucial para entender que la ecología de Tolkien no es una nostalgia pasiva, sino un recordatorio de que la verdadera vida requiere del cambio.<sup>10</sup>

En todo caso, frente a este ideal de preservación élfico, la realidad del mundo herido se impone con una crudeza que ninguna burbuja de cristal puede contener. La mano de Saruman, como la de tantos responsables de la degradación del mundo natural, no se detiene en los límites de su propio dominio, y pese a su derrota en Isengard, su capacidad de devastación alcanza territorios que parecían a salvo, infiltrándose allí donde nadie esperaba su influencia.

---

<sup>9</sup> Esta idea de una naturaleza que responde cuando es llevada al límite recuerda a la hipótesis *Gaia* formulada por James Lovelock y Lynn Margulis en la década de 1970. Según esta propuesta, la Tierra funciona como un sistema vivo capaz de autorregularse para mantener las condiciones que permiten la vida. Tolkien, por supuesto, no anticipa esta teoría ni construye una alegoría científica, pero parece sugerir que el mundo natural no es un objeto pasivo, sino una realidad capaz de reaccionar ante la agresión. Estas convergencias no implican equivalencias conceptuales, pero sí muestran cómo la imaginación de Tolkien capta, desde la ficción, una verdad que la ecología contemporánea ha formulado en otros términos y que propone que la Tierra es un entramado vivo que responde cuando es herido.

<sup>10</sup> Podemos ver un ejemplo claro de ello en la renuncia de Galadriel al Anillo Único, que simboliza la superación de la tentación élfica de detener el flujo del tiempo. Al aceptar que los Tres Anillos pierdan su poder (lo que se producirá al destruirse el Único), Galadriel admite que la preservación estática de Lothlórien constituye una forma de resistencia antinatural frente a la dinámica propia de lo vivo. Tolkien sugiere así que la verdadera ecología no es la conservación de un escenario inerte, sino la aceptación de la transitoriedad y el sacrificio del control personal para permitir que el mundo se renueve y siga su curso orgánico hacia la Cuarta Edad.

Al final de *El Señor de los Anillos*, cuando los hobbits regresan a la Comarca, descubren que su hogar ha sido transformado de manera inquietante. Lo que antes era un paisaje de colinas verdes y riachuelos limpios se ha convertido en un territorio degradado por la industrialización improvisada de los secuaces de Saruman. Nuevos molinos contaminan el agua, chimeneas ennegrecen el cielo y árboles venerables han sido talados, como si la destrucción misma se hubiera convertido en un fin.

Esta imagen resulta especialmente perturbadora porque afecta a la Comarca, un lugar que el lector ha aprendido a amar y que encarna una vida sencilla basada en la armonía y en la inocencia rural. El paralelismo en este punto es más evidente que en cualquier otro pasaje de la obra de Tolkien.

Saruman [...] es el responsable de la violación de la idílica Comarca tanto como la Revolución Industrial lo fue de la de las Midlands de Inglaterra donde Tolkien creció. La Tecnología, no en el más amplio sentido de la invención y de la artesanía sino en su forma degradada y deshumanizante, representa una estética y una moral decadente que fue deplorada durante la juventud de Tolkien por escritores tan influyentes como John Ruskin y William Morris. (Huttar, 2008, p. 12).

Los hobbits, sin embargo, no se enfrentan a esta transformación desde la ingenuidad. Su experiencia en la Guerra del Anillo les ha enseñado a reconocer los signos de la corrupción industrial y del poder que devora la tierra. Como señalan Dickerson y Evans (2006, p. 205), su mirada está entrenada por lo que han observado con anterioridad:

Los cuatro viajeros son capaces de reconocer esto como un mal, en parte porque ya lo han visto antes en formas más abiertamente siniestras en otros lugares de la Tierra Media. Frodo y Sam lo han visto en Mordor; Merry y Pippin, en Isengard.

Sam es seguramente quien percibe con mayor hondura la gravedad de lo ocurrido. Su origen humilde, su falta de aspiraciones burguesas y su vínculo casi instintivo con la tierra lo convierten en el más vulnerable ante la mutilación del paisaje. Allí donde otros ven ruina, él siente una herida abierta en aquello que ama. No es casual, por tanto, que sea precisamente su mirada la que mejor capte la naturaleza del mal que ha entrado en la Comarca, algo que Dickerson y Evans (2006, p. 212) subrayan:

Sam prevé que el daño causado a la tierra bajo el dominio de Zarquino tardará mucho tiempo en sanar. Sabemos que harán falta al menos dos generaciones para que las cicatrices visibles desaparezcan, y que parte del daño quizá nunca pueda deshacerse. En nuestro propio mundo, todos vivimos con los efectos de la contaminación ambiental de generaciones anteriores. Restos de algunas de las peores toxinas artificiales creadas por el ser humano pueden encontrarse todavía en los cuerpos de las personas mucho después de que su uso haya sido prohibido; los residuos de combustibles fósiles quemados hace cien años se hallan en las capas de hielo de ambos polos. Vivimos con problemas ambientales que nuestros predecesores nos han legado sin pretenderlo. Paisajes antaño hermosos son ahora tierras yermas, y muchas praderas, bosques y humedales están gravemente reducidos o han desaparecido para siempre.

Tolkien nos advierte que el mal no reside únicamente en torres oscuras o en señores distantes, sino también en la degradación silenciosa de nuestro propio entorno. La corrupción se hace visible en la contaminación de un río o en la sustitución de un paisaje vivo por una estructura mecánica sin alma. La Comarca industrializada refleja los

cambios que Tolkien presenció en Inglaterra y es, al mismo tiempo, una advertencia sobre la fragilidad de los lugares que amamos.

La restauración de la Comarca, liderada por el mismo Sam Gamgy, adquiere así un significado profundamente trascendente. Jardinero por vocación y por naturaleza, encarna el compromiso con lo cercano, la humildad y la atención a lo pequeño. Su labor no consiste en derrotar enemigos en un campo de batalla, sino en sanar la tierra herida. Para ello utiliza el regalo de Galadriel: un frasco de tierra fértil de Lothlórien y una semilla de *mallorn*, un árbol majestuoso que no pertenece a la Comarca pero que, plantado allí, se convierte en un signo de renovación.

Este esfuerzo empleado en la reforestación constituye un acto de determinación. La verdadera victoria se mide en la capacidad de devolver la vida a un lugar devastado. Tolkien parece sugerir que el ecologismo auténtico se manifiesta en gestos cotidianos como plantar un árbol o cuidar un jardín. De este modo, la Comarca se convierte en un recordatorio de que la lucha por la preservación del mundo natural comienza en lo cercano, en lo aparentemente insignificante. La sanación de la tierra es un proceso lento, paciente y profundamente humano, que requiere afecto y una visión que trascienda la inmediatez.

A este respecto, los hobbits encarnan el ideal de una sociedad sostenible y profundamente enraizada en su entorno. Su territorio no es un lugar salvaje ni un bosque indómito, sino un paisaje humanizado con delicadeza. Allí, la agricultura no hiere a la tierra, pues la preserva y la respeta. Los campos cultivados, los setos cuidados y las casas excavadas en las colinas muestran una forma de habitar el mundo que rehúye la dominación y apuesta por la convivencia. Tolkien presenta así un modelo de relación ecológica en el que cultura y naturaleza dejan de aparecer como fuerzas enfrentadas y pasan a entenderse como realidades que se sostienen mutuamente.

Nos encontramos ante una forma de vida que trasciende lo cotidiano y se convierte en una postura vital, visible también en aquello que los hobbits rechazan con determinación. Una de las características más reveladoras de este pueblo es su aversión instintiva a la industrialización. No sienten fascinación por las máquinas complicadas ni por los mecanismos que prometen eficiencia a costa del equilibrio del entorno. Optan por herramientas manuales y por objetos nacidos de la destreza del artesano, fieles a una economía de escala humana.

El valor de lo pequeño es otro de los pilares de la actitud hobbit. Para Tolkien, la salvación del mundo no depende de grandes ejércitos ni de líderes carismáticos, sino de la resistencia silenciosa de quienes aman «la paz, la tranquilidad y la buena tierra labrada». Esta afirmación, lejos de ser una idealización romántica, anticipa uno de los principios fundamentales del pensamiento ecológico contemporáneo: la importancia de la acción local para enfrentar problemas globales.

La Comarca demuestra que una existencia sostenible no se construye con discursos grandilocuentes, sino con prácticas cotidianas tales como cultivar un huerto, respetar los ciclos naturales, evitar el derroche o valorar la belleza de lo sencillo. Nos hallamos ante

una invitación a reconsiderar nuestros propios hábitos y a preguntarnos qué significa realmente vivir bien.

Tolkien recalca que la sostenibilidad no es una utopía lejana, y la vida diaria de los hobbits, sustentada por gestos modestos, no es un mero detalle costumbrista, sino la expresión de una filosofía más profunda. La Comarca ofrece un ejemplo local de una intuición que atraviesa toda la obra de Tolkien y que se articula en la convicción de que la existencia está tejida por vínculos de interdependencia y cuidado.

Esa misma sensibilidad, que en los hobbits se manifiesta en prácticas domésticas y agrícolas, adquiere en otros lugares de la Tierra Media una escala más amplia, lo que confirma que no es un rasgo aislado, sino un principio estructural en la obra. En su creación, Tolkien revela una comprensión del mundo natural que desborda cualquier lectura meramente estética o nostálgica, y plantea un enfoque en el que la vida (humana, vegetal, animal o incluso geológica) participa de un entramado común, animado y significativo.

Se trata de una convicción que hunde sus raíces en su propia biografía y en su experiencia de la modernidad industrial, y que se expresa en múltiples niveles, desde la dignidad de los árboles, la resistencia de los Ents, la fragilidad de la Comarca o la sabiduría humilde de los hobbits. Su imaginación, lejos de ser evasiva, funciona como un laboratorio narrativo donde explora las consecuencias de la pérdida de memoria ecológica y la ruptura de los equilibrios naturales.

De este modo, la observación de Patrick Curry (1997, p.28) adquiere una relevancia particular:

El ecologismo visionario de Tolkien es, por tanto, radical, tanto en el sentido moderno del término como en el antiguo de un retorno a las raíces. Anticipa, en muchos aspectos, tanto la ecología ‘social’ como la ‘profunda’, y recupera una forma premoderna de entender el mundo que aún pervive entre algunos pueblos indígenas.

La lectura de Curry subraya que el ecologismo de Tolkien opera en un plano simbólico y arquetípico, más cercano a una cosmología relacional que a una ética formulada en términos modernos. Debemos entenderlo como algo implícito y nada programático, que no se formula en manifiestos, sino que se encarna en mitos. Es precisamente esa dimensión mítica la que le otorga su fuerza, pues al recuperar modos ancestrales de relación con la tierra, propone una alternativa ética al discurso de la dominación técnica que caracteriza a la modernidad.

Llegados a este punto, es necesario abordar una objeción crítica fundamental. Podría argumentarse que calificar la obra de Tolkien como *ecologista* incurre en un anacronismo que el propio autor habría rechazado. Críticos como Manlove (1975) han advertido sobre el peligro de reducir la complejidad mítica de Tolkien a una simple nostalgia reaccionaria o a un programa de preservación naturalista.

Sin embargo, la biofilia aquí analizada no es una etiqueta política impuesta *a posteriori*, sino una disposición filosófica presente en el texto. Como señala Shippey (2003), el «verde» de Tolkien no es el del ecologismo burocrático, sino uno de carácter precristiano y profundamente estético.

En cualquier caso, Tolkien no se queda en un plano abstracto, pues algo más concreto se materializa en el conflicto final del *legendarium*. En la profanación de la Comarca se revela que la ambición de dominio, encarnada en un Saruman degradado a Zarquino, no busca simplemente el poder político, sino la alteración de la naturaleza misma del ser. El paso de los molinos de agua a las máquinas de vapor y la sustitución de los jardines cuidados por chimeneas industriales prefiguran una ruptura antropológica radical que se concreta en la convicción de que la materia orgánica es un estorbo para la voluntad de poder.

Lo que comienza con la tala de un árbol para instalar una rueda dentada es, en realidad, el primer gesto de una desvinculación profunda entre el ser y su sustento biológico. Bajo esta lógica, la naturaleza deja de ser el hogar del espíritu para convertirse en una limitación técnica que debe ser superada. Así, la visión de Tolkien deja de ser una crónica del pasado para convertirse en un espejo del presente, pues la pulsión de Saruman por *mecanizar* lo vivo anticipa los anhelos del transhumanismo contemporáneo, que busca en el frío artificio del silicio una vía de escape a la finitud de la carne.

La Tierra Media, así entendida, no es solo un escenario ficticio, sino un recordatorio de que el mundo está vivo y puede ser dañado. Esta herida, que en la Comarca se manifiesta en forma de ceniza, encuentra su eco hoy en la frontera final del pensamiento actual: el choque entre la biofilia y lo que podríamos denominar la «necrofilia tecnológica» latente en la posmodernidad. Aquí resulta pertinente la distinción de Fromm (1975), para quien la biofilia no es solo una conducta biológica, sino una orientación ética de amor a la vida que se opone a la atracción por lo inerte, lo mecánico y lo puramente técnico (la necrofilia).

Así, si la biofilia es la tendencia a vincularse con lo vivo, la pulsión de Saruman y, en última instancia, de Sauron, representa su reverso exacto. En la metafísica de Tolkien, el ser natural es una unión sustancial de *feä* (espíritu) y *hröa* (cuerpo orgánico), un dualismo donde la materia no es una cárcel, sino el hogar necesario del alma. La necrofilia tecnológica pretendida por los poderes oscuros busca precisamente quebrar esa alianza, despreciando la fragilidad del *hröa* biológico para sustituirlo por un soporte mecánico y, por tanto, controlable.

No se trata solo de la destrucción de árboles, sino de una preferencia por lo inanimado y lo artificial, que manifiesta una voluntad de sustituir el organismo por la máquina. En el contexto de la post-humanidad actual, esta dicotomía adquiere una relevancia profética. Mientras el paradigma contemporáneo busca la *vida* en lo inorgánico (desde la inteligencia artificial hasta la inmortalidad digital), Tolkien defiende la sacralidad de lo biológico.

La necrofilia tecnológica se manifiesta en el deseo de control absoluto, de convertir el mundo en un *Bestand* o «fondo de reserva» (Heidegger, 1994), despojándolo de su misterio vital. Ante la propuesta transhumanista que ve el cuerpo y la tierra como limitaciones a superar, Tolkien sitúa la plenitud en la finitud del barro y la hoja. La biofilia en el *legendarium* es, por tanto, una respuesta contra la deshumanización.

Ahora bien, la resolución de la crisis ecológica en Tolkien tampoco pasa por el intento élfico de congelar la belleza en un ayer eterno. El conservacionismo radical, como la tecnificación absoluta, comparten la misma ilusión de que la vida puede ser controlada si se la inmoviliza. En su afán por preservar lo que aman, los elfos caen en una forma distinta de violencia al negar el ritmo natural del cambio, convirtiendo la vida en una reliquia preservada en una prisión luminosa donde nada puede morir, pero tampoco nacer.

Frente al frío artificio de la máquina y la parálisis conservacionista de los Anillos, Tolkien propone una tercera vía: la de quien entiende que amar la tierra no es poseerla ni detenerla, sino acompañarla en su latido, permitiendo que la vida brote, florezca y, finalmente, se entregue a la tierra para volver a empezar. Al final, la subcreación de Tolkien actúa como una brújula contra la pérdida de lo real, y la lección más duradera de su obra no proviene de reyes magníficos ni de magos, sino de un sencillo hobbit que, con una semilla en la mano, recuerda que sanar la tierra es la forma más humilde y más alta de esperanza. □

---

## REFERENCIAS

- Barfield, O. (1957). *Saving the appearances: A study in idolatry*. Faber & Faber.
- Bergson, H. (2007). *La evolución creadora*. Espasa-Calpe.
- Carpenter, H. (Ed.). (1993). *Las cartas de J.R.R. Tolkien*. Minotauro.
- Curry, P. (1997). *Defending Middle-earth: Tolkien, myth and modernity*. Harper Collins.
- Dickerson, M., & Evans, J. (2006). *Ents, elves, and Eriador: The environmental vision of J.R.R. Tolkien*. University Press of Kentucky.
- Ferrández Bru, J. M., & Frías Sánchez, F. (2022). *Las vacaciones de un hobbit*. Legendaria Ediciones.
- Fromm, E. (1975). *Anatomía de la destructividad humana*. Siglo XXI.
- Heidegger, M. (1994). *Conferencias y artículos*. Serbal.
- Huttar, C. A. (2008). Tolkien, epic traditions, and golden age myths en *Bloom's Modern Critical Views: J.R.R. Tolkien*. Bloom's Literary Criticism.
- Hunter, R. (2004). *The Greenpeace to Amchitka: An environmental odyssey*. Arsenal Pulp Press.
- Lovelock, J. (1985). *Gaia: Una nueva visión de la vida sobre la Tierra*. Orbis.
- Manlove, C. N. (1975). *Modern Fantasy: Five Studies*. Cambridge University Press.
- Shippey, T. A. (2003). *J.R.R. Tolkien: Autor del siglo*. Ediciones Minotauro.
- Tolkien, J. R. R. (1980). *El Señor de los Anillos: La Comunidad del Anillo*. Minotauro.
- Tolkien, J. R. R. (1980). *El Señor de los Anillos: Las Dos Torres*. Ediciones Minotauro.
- Tolkien, J. R. R. (1980). *El Señor de los Anillos: El Retorno del Rey*. Minotauro.
- Tolkien, J. R. R. (1982). *El Hobbit*. Minotauro.
- Wilson, E. O. (1984). *Biophilia*. Harvard University Press.

\*

*Todas las citas que originariamente estaban en inglés han sido traducidas por el autor.*